

IV.

Celaya, Setiembre 12 de 1862.

A la tarde borrascosa de la víspera, en que parece que los elementos pugnan entre sí por sembrar la destrucción en toda la naturaleza y aniquilarlo todo con su potencia formidable, sucedió una hermosa mañana en que el sol alegre y rubicundo difundía su suave calor iluminando los objetos con un suave tinte color de rosa. Las campanas de todos los templos difundían al aire sus sonidos argentinos, repicando á vuelo; los pájaros alegres entonaban sus amorosos cánticos, eruzando rápidos el éter y sacudiendo las perlas que

de sus álas quedaran pendientes con la lluvia de la víspera; toda la naturaleza reía y se mostraba placentera animada de nuevo calor, de nueva vida que comunicaba alegre á todos los séres.

Yo desperté á todo este agradable ruido, como si en la noche hubiese sido transportado por una hada benéfica á un país lleno de encantos y sonora melodía. Abrí bien los ojos y recordé que me hallaba en Celaya, ciudad donde no habiendo penetrado la mano de la Reforma, aun se continuaba el antiguo régimen, solemnizándose todas las funciones que anunciaba el calendario desde tiempo inmemorial.

Cuando el criado entró á llevarme el desayuno, preguntando por la causa del repique á vuelo, me contestó; que era día doce, dedicado á la Virgen de Guadalupe; cesó entónces la sorpresa que me causaba al despertar, creyendo que las hadas celebraban mi venida con repiques y cohetes.

Me levanté á poco, y asomándome al balcon, que cae á la plaza, quedé agra-

dablemente sorprendido á la hermosa vista que se presenta desde luego; porque al cuadro perfecto de aquella, en cuyo centro hay una fuente en la que alardea una elevada columna corintia, se agregan los portales y la vista de los templos del Cármen y San Francisco, que asoman sus torres y cúpulas á la plaza.

Las calles de la ciudad son en lo general rectas y bien empedradas, de aspecto alegre y aseado.

Hay una alameda que vista á distancia, tiene buena apariencia porque en el fondo, hácia uno de sus ángulos, se eleva la capilla del Santuario de Guadalupe, coronada de una elegante torrecita; mas llegando al lugar, disminuye el efecto y solamente se mira un potrero, en donde vegeta uno que otro álamo y hay una fuente tosca y sin gracia, circundada de una glorietta en los asientos bruñidos de almágre; las callecitas practicadas en el terreno, están cubiertas de yerba y musgo, que esto explica lo poco concurrido de este paseo.

En uno de los costados de dicha alameda, hay unos baños al aire libre, cuyos cuartos de tablas delgadas están suspendidas sobre la superficie del agua de una acequia y solo esto tienen de particular; si no se agrega la circunstancia de que los bañadores del vecino placer ven á su sabor á los del inmediato por debajo de las paredes de tabla, que distan de la superficie del agua cosa de media vara.

La ciudad de Celaya en lo general, es de un aspecto bastante agradable por su posición, lo aseado de sus calles, sus templos de bella construcción y los bonitos edificios particulares; solamente que se nota ese no sé qué que huele á devoción, particularmente en las caras de los habitantes.

Una de las mañanas que yo salía de la posada, me encontré á toda la gente de la plaza, de rodillas; me sorprendí al pronto porque creí que temblaba; pero no sintiendo movimiento alguno pregunté la causa de aquella genuflexion y me contestaron, que alzaban en una de

las iglesias que quedaban detras de la plaza. No oia yo tampoco el sonido de la campana que anunciara la elevacion de la hostia; pero mas tarde que presencié escenas semejantes, me he desengañado de que sin necesidad de campana, se verifica espontáneamente una accion telegráfica en todos los transeuntes, aun los más remotos; pues arrojándose alguna persona en el átrio de una iglesia, es bastante para que instantáneamente y como al impulso de la electricidad, se comuniquen esta singular devocion, privativa de los de Celaya, en casi todos los que transitan en ese momento la ciudad.

Aunque ésta es reducida en su perímetro, cuenta un número excelente de templos en proporcion de los que debia contener, atendido igualmente el reducido guarismo de sus habitantes; yo llegué á contar hasta doce, fuera de algunas otras capillas de menor importancia; eso sí, la piedad de los celayenses las ha decorado con los más vistosos arreos que posee el arte, en el interior

y exterior adecuado al lujo de los altares y á la riqueza de los ornamentos.

Los templos que más me agradaron, fueron el Cármen, obra ejecutada por el célebre pintor y escultor Tres-guerras, de quien hablaré mas adelante; el de San Francisco por su magnífica cúpula oval, semejante á un huevo, cubierta con vistosos azulejos y una elegante linternilla, así como el pórtico compuesto de cuatro grandes columnas extraidas del orden Jónico y un hermoso cornisamiento que lo corona; su torre es sexágona de tres cuerpos con diez y ocho ventanas, las mas de ellas surtidas de esquilonos.

El templo de la Merced, es otro de los edificios sumptuosos de magnífica arquitectura, obra no concluida del referido artista; el que imprimia en sus edificios un sello de originalidad y grandeza que agrada al primer golpe de vista y aun examinados minuciosamente.

Todas las iglesias, sobre poco más ó ménos, son parecidas, exceptuando la del Cármen que posee la singularidad

las iglesias que quedaban detras de la plaza. No oia yo tampoco el sonido de la campana que anunciara la elevacion de la hostia; pero mas tarde que presencié escenas semejantes, me he desengañado de que sin necesidad de campana, se verifica espontáneamente una accion telegráfica en todos los transeuntes, aun los más remotos; pues arrodillándose alguna persona en el átrio de una iglesia, es bastante para que instantáneamente y como al impulso de la electricidad, se comuniquen esta singular devocion, privativa de los de Celaya, en casi todos los que transitan en ese momento la ciudad.

Aunque ésta es reducida en su perímetro, cuenta un número excelente de templos en proporcion de los que debia contener, atendido igualmente el reducido guarismo de sus habitantes; yo llegué á contar hasta doce, fuera de algunas otras capillas de menor importancia; eso sí, la piedad de los celayenses las ha decorado con los más vistosos arreos que posee el arte, en el interior

y exterior adecuado al lujo de los altares y á la riqueza de los ornamentos.

Los templos que más me agradaron, fueron el Cármen, obra ejecutada por el célebre pintor y escultor Tres-guerras, de quien hablaré mas adelante; el de San Francisco por su magnífica cúpula oval, semejante á un huevo, cubierta con vistosos azulejos y una elegante linternilla, así como el pórtico compuesto de cuatro grandes columnas extraidas del orden Jónico y un hermoso cornisamiento que lo corona; su torre es sexágona de tres cuerpos con diez y ocho ventanas, las mas de ellas surtidas de esquilonos.

El templo de la Merced, es otro de los edificios suntuosos de magnífica arquitectura, obra no concluida del referido artista; el que imprimia en sus edificios un sello de originalidad y grandeza que agrada al primer golpe de vista y aun examinados minuciosamente.

Todas las iglesias, sobre poco más ó ménos, son parecidas, exceptuando la del Cármen que posee la singularidad

de tener la torre en el centro de la fachada, que es por cierto muy bella, así como todo lo restante donde Tresguerras hizo alarde de su génio arquitectónico. Este templo posee algunas pinturas del Miguel Angel mexicano; pues no solo se contentó con hacer gala de su inventiva fecunda en el magnífico plan del edificio, sino que lo enriqueció además con algunas composiciones originales, de las que solo recuerdo una que representa el Juicio final, cuadro en que hay mas fantasía que esmero en la ejecución.

Como solo dos dias tenía de llegado á la ciudad y carecia de relaciones, no me fué posible conocer todas las novedades naturales y artísticas que posee; así es que pocos interiores de patios ó claustros conocí, donde poder admirar algunas obras de pintores antiguos mexicanos; sin embargo, un clérigo apreciable que hallé en la puerta de los claustros de San Francisco, bondadosamente me introdujo en ellos y juntos admiramos una selecta colección de qua-

dros del célebre pintor mexicano Ibarra, que representan la vida de la Virgen con figuras del tamaño natural.

Imposible es calcular la facilidad y la asombrosa fecundidad de nuestros antiguos artistas, que sin escuela, y más bien en las inspiraciones de su génio, nos legaron obras tan acabadas y ejecutadas con maestría y espontaneidad.

José Juarez, Juan Rodriguez, Cabrera, Ibarra, Villalpando, Esquivel, Vallejo y tantos otros, enriquecieron los monasterios de la República con las producciones de su talento, y pasma ver en ellas lo fácil de su ejecución, y sobre todo, ese bello ideal en las vírgenes de los tres primeros artistas que exprimen idealismo y belleza, que los hace comparables á Rafael y á Murillo, no equivocándome en decir, que algunas veces los sobrepujan. En los ángeles tambien ¡qué movimientos tan infantiles y graciosos! ¡qué morbidez en las carnes y cuánta gracia en el ronjuntó! ¡Ah! pero triste es decirlo, pocas personas conocen

en México el distinguido mérito de esos artistas privilegiados.

Primero yacian sus obras admirables en las lóbregas paredes de un claustro, donde los frailes ignorantes las veian desmoronar por la mano del tiempo, sin curarse de esta destruccion, poniendo los medios de evitarla; y despues, despues que la reforma los lanzó de allí, unos interventores no ménos ignorantes, aglomeran estas maravillas del arte unas sobre otras en el húmedo rincón de una galera, donde los ratones, el polvo y otros mil agentes destructores, acaban de dar cuenta de ellas, poniendo en evidencia nuestra cultura y el grande aprecio que hacemos del génio ilustre de México, que es mejor conocido y apreciado del extranjero.

Despues que hube contemplado todas las pinturas de Ibarra á mi sabor, me dirigí á la casa de la familia del artista celayense D. José Tresguerras, de la que todavía le vive una hermana, eon objeto de conocer la morada y algunas otras obras de pintura de ese

hombre notable y aunque no hallé á esa señora, una antigua criada me mostró algunos cuadros pequeños en los que si no hay muy buen color y brillantez en la ejecucion, destellan el génio singular y raro de su autor, que supo reunir todas las bellas artes, siendo su fuerte la de la arquitectura.

En algunos de los mas pequeños que me mostraron, ví escritas algunas estrofas que chispean génio y hay atrevimiento y originalidad. De una Virgen extracté solamente el soneto que pongo á continuacion, como muestra de los adelantos que poseia Tresguerras en literatura:

SONETO,

Si pude yo atrevido, María amable,
Con tosca mano y lánguida pintura
Delinear de tu rostro la hermosura,
Siendo el más vil idiota y miserable;
¡Cuán bella no serás, que inimitable!
En tu atractivo Santa, en tu dulzura:
Que en cuanto cupo en mera criatura
El Señor que te crió, te hizo admirable

Y si en amarte Dios te donó tanto
 Como á su electa madre y fiel esposa,
 Sin duda fuiste celestial encanto:
 La única, la perfecta, la amorosa,
 Gloria del cielo, de Luzbel espanto,
 Y en alma, cuerpo y mente toda hermosa.

Este soneto te dará una idea del número poético del artista en cuestion.

Supe tambien en Celaya, y ya antes habia leído un artículo en el "Museo Mexicano," que cultivaba tambien la música, pero parece que en esta línea, el Sr. Tres-guerras, no era muy aventajado, y esta consecuencia la saco yo de la siguiente anécdota:

El artista se hizo para su devocion privativa una capillita, que existe en el mismo recinto donde se halla el convento de San Francisco, y ahí colocó una vírgen de Dolores de cuya advocacion era muy devoto. Los viénes solia el artista concurrir ante esa imágen, para desahogar los grandes afectos de su corazon, tocando un violín con un entusiasmo particular: y cuentan, que sin duda era éste tan ardiente, que hacien-

do rechinar las cuerdas, lastimaba el tímpano de los oídos de la afligida señora, porque prorrumpia en una exclamacion diciéndole: "hijo mio, cesa ya; no aumentes más mis dolores, que bastantes han sido con ver á mi hijo muerto."

¿Qué tal seria la cosa, pues la dolorida señora tenia que contener el ardor flarmónico de nuestra músico, que se elevaba á una esfera de destemplanza atroz?

Cuando salí de la casa de Tres-guerras, me dirigí á la plaza, que como era domingo, estaba ya surtiéndose de todos aquellos objetos precisos para la despensa de las cocinas y otros usos de la vida comun, y en seguida me encaminé á los cementerios ó atrio de las iglesias para ver á las bellezas notables de la ciudad. Vagaban mis ojos y no encontraban sino muy pocas, pues creo que es artículo prohibido en el lugar, é iban con los ojos tan bajos y tan modestamente vestidas, que quizá eso hacia disminuir considerablemente su mé-

rito. Apenas veria yo dos ó tres crinolinas; seguramente las que las llevaban eran algunas almas descarriadas que huían de la influencia de los frailes, que domina en esa ciudad hasta en los irracionales. En todo parece que marca su dominio, porque se advierte un silencio y una severidad que hiela el alma del que viene de otras capitales, donde el ruido de la civilizacion penetra hasta en las cloacas infelices dando señales de vida y buen humor. En las dos noches que permanecí en la ciudad salía yo de la posada y me dirigia frente á las fachadas de las casas principales por ver si oía los sonoros écos de algun piano forte ó las modulaciones de una voz; pero nada, sólo veía oscuridad, silencio, muerte. Regresaba yo al hotel con el corazón oprimido, llena la mente de una multitud de ideas tumultuosas que tan pronto me representaban la vida y la animacion de otras ciudades del continente, en donde han entrado sus habitantes á la vía de adelanto y cultura en la existencia civilizada, llenando es-

ta de encantos y de inocentes goces; y tan pronto me trasportaba á los pueblos que todavía parecen vivir bajo el sistema colonial, con su tiranía, su exclusivismo, su supersticion, sus costumbres groseras y con toda aquella monotonía que pesa sobre todas las poblaciones, donde el sistema calculado de los monasterios ha imbuido doctrinas que pugnan abiertamente con la cultura y civilizacion.

Ya estaba yo bien fastidiado con una vida tan monótona y sin relaciones, deseando salir para Querétaro. Me andaba, como dije arriba, en los átrios de los templos á caza de bonitas chicas, cuando oí el ruido de la diligencia que contra la hora establecida, llegaba de Guanajuato, pues serian las once y debia llegar á las cuatro ó cinco de la tarde. Un vuelco me dió el corazón porque llegaba el momento de ir á ver objetos nuevos, de recibir impresiones acaso más agradables.

Después de haber tomado un pequeño almuerzo y arreglado mi equipaje,

monté en el coche, que partió rápido, dando yo un adiós á las calles y templos de Celaya.

En la siguiente te hablaré de Querétaro. Adios.

Querétaro, Febrero 12 de 1863.

Debes extrañar, y con razon, que en mucho tiempo no te haya escrito; pero como me propuse verificarlo cuando hubiese pasado algun tiempo á fin de conocer á fondo la ciudad y el carácter de sus habitantes, y como en cinco meses que llevo de vivir entre ellos, creo haberlo logrado, ya que estoy en vísperas de separarme, continuo trasmitiéndote mis impresiones, comenzando por las que experimenté al entrar á esa ciudad.

El camino que viene de Celaya no ofrece cosa particular, sino un tramo que pertenece ya al dominio de la his-